MATEO AMEZQUITA HERRERA

DOCTRINA DEL AMEZQUITISMO
VENCER O MORIR

MATEO
AMEZQUITA HERRERA

FUNDAMENTOS DEL AMEZQUITISMO
VENCER O MORIR

© 2026 – OBRA ORIGINAL DEL AUTOR
PUBLICACIÓN INDEPENDIENTE EN COLOMBIA
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

El Juramento Amezquitista

Juro entregarme siempre al servicio de Colombia.

Juro no tener otro orgullo que el de la patria y el del Amezquitismo, y vivir bajo el Amezquitismo en obediencia y alegría, ímpetu y paciencia, valentía y silencio.

Juro fidelidad y sumisión a nuestros dirigentes, honor a la memoria de nuestros muertos y perseverancia imperturbable ante todas las vicisitudes.

Juro que, dondequiera que esté, ya sea para obedecer o para mandar, respetaré nuestra jerarquía desde el primer hasta el último rango.

Juro rechazar y no escuchar ninguna voz, ya sea de amigo o enemigo, que pueda debilitar el espíritu del Amezquitismo.

Juro preservar por encima de todo la idea de unidad: unidad entre las tierras de Colombia, unidad entre las clases de Colombia, unidad dentro y entre los hombres de Colombia.

Juro vivir en santa hermandad con todos los miembros del Amezquitismo y prestar toda ayuda y eliminar toda diferencia cuando esta santa hermandad lo requiera.

CONTENIDOS

Orígenes
Introducción

Parte Uno: Doctrina

I. Fundamentos intelectuales
II. La concepción del hombre
III. La libertad humana
IV. La propiedad y el trabajo como atributos humanos elementales
V. El concepto de vida
VI. El pueblo
VII. Historia
VIII. Patria y patriotismo
IX. Teoría de la nación
X. La Familia y la Mujer
XI. Educación, Salud y Justicia
XII. El Estado
XIII. Política
XIV. Economía
XV. Política exterior
XVI. Teoría de la revolución
XVII. Mando

Parte Dos: Restauración

I. La Reconquista
II. Un Pueblo, una Voluntad, un Líder
III. La Cruz sobre la Patria
IV. El Enemigo Oculto
V. Sangre y Tierra
VI. Nos pertenece
VII. El Golpe final
VIII. Todos bajo una misma Bandera

Epílogo

ORÍGENES

Agradezco a Dios haber nacido en tan maravilloso país como Colombia, específicamente en Medellín, no en las zonas doradas de los narcos ni en las villas de miseria de la izquierda, sino en el corazón mismo de una ciudad que respira política por cada esquina, crecí en una familia muy tradicional y conservadora, no esos conservadores de salón que hablan de Dios mientras roban, sino gente que creía en el orden, en la patria y en la tradición.

En cada reunión familiar, en cada esquina del barrio, se hablaba de política, se gritaba, se insultaba, y desde niño, viendo a unos odiar a otros por un color en un papel de votación, me pregunté: ¿Por qué tanto odio entre colombianos? ¿Por qué no buscamos una solución que nos una a todos?

Esa pregunta me quemaba, no me dejaba dormir, mientras otros niños jugaban fútbol, yo escuchaba a los mayores gritar sobre liberales y conservadores, y sentía asco, no asco de la política, asco de la estupidez, porque al final, los que ganaban eran siempre los mismos: los que se llenaban los bolsillos mientras el pueblo se mataba por ellos.

Me refugié en los libros, desde muy pequeño, leía todo lo que caía en mis manos, y entonces, a los doce años, encontré una fotografía, un hombre con bigote, hablando a miles, con un fervor que traspasaba el papel, Adolf Hitler.

Su nombre me perseguía, lo busqué todo, leí *Mein Kampf* con la ansiedad de quien encuentra respuestas que nadie más tiene el valor de dar, y aquí debo ser claro, porque los tontos dirán que soy un racista más: no admiro a Hitler por su desquiciada teoría racial, eso me da asco tanto como a cualquiera, admiro su fuerza, su liderazgo, su capacidad de tomar un pueblo destrozado y hacerlo creer en sí mismo de nuevo, su oratoria que hacía llorar a obreros y generales por igual, eso es lo que buscaba, un hombre que amaba a su pueblo no con palabras vacías, sino con acción desesperada.

Y pensé: ¿Por qué esto no pasa en Colombia? ¿Por qué no tenemos un líder que nos una en lugar de dividirnos?

Luego supe que sí lo tuvimos, que casi lo logramos, Gustavo Rojas Pinilla, un hombre que vio la podredumbre bipartidista y quiso arrancarla de raíz, un militar que entendió que Colombia no necesitaba más elecciones, necesitaba orden, que no necesitaba más partidos, necesitaba patria, lo intentó, estuvo cerca, pero falló en lo esencial: no se deshizo de los partidos, los dejó vivos, y ellos, como gusanos que son, se reagruparon y lo devoraron, encima, lo hicieron con ayuda de afuera, intereses extranjeros que nunca quieren ver a Colombia fuerte.

Eso me llevó a la segunda pregunta que me quemaba: ¿La izquierda o la derecha salvarán esto? ¿Petro con su comunismo disfrazado? ¿Uribe con su capitalismo desgarrador? ¿O ahora el tal Abelardo de la Espriella con sus intereses de asesinar nuestra tierra y explotar el pueblo colombiano?

A tal punto hemos llegado con esto de izquierda y derecha que, me río, no, me cago de risa, ¿Petrouribismo? que estupidez, qué insulto a la inteligencia del pueblo colombiano, pero mi risa se convierte rápido en furia, porque al reírme entendí: son la misma basura, dos caras de una moneda podrida, tres caras ahora, con el payaso de Abelardo, todos con sus financistas internacionales, todos con sus dueños judíos que les tiran de las cuerdas, todos trabajando para la misma meta: la destrucción de Colombia como nación, para convertirla en un mercado de esclavos sin identidad.

Esto no me entristece, la tristeza es para los débiles, a mí me llena de furia, una furia fría, calculada, que me despierta cada mañana, furia por una reconquista que debe hacerse, furia porque sé que el Amezquitismo no es una opción más, es la única salida, es el puñetazo en la mesa que dice: basta.

Yo rechazo el populismo, lo detesto, pero haré lo que sea necesario, usaré las armas del enemigo si es preciso, hablaré al indígena en su idioma si eso lo despierta, no seré otro Rojas Pinilla que deja vivos a sus enemigos, no seré otro Bolívar que se deja consumir por el poder.

Esta doctrina nace de esa furia, de haber crecido viendo el odio estúpido entre colombianos mientras los de arriba se ríen, de haber encontrado en la Tercera Posición la respuesta: no estamos en medio de izquierda y derecha, estamos por encima, somos superiores a ellas, y ellas, tarde o temprano, se arrodillarán o serán aplastadas.

Así nace esto, de un joven que no entendía por qué el odio entre nosotros colombianos, y que ahora, sabe exactamente a quién hay que odiar, y por qué, y cómo destruirlo.

INTRODUCCIÓN

LA HORA DE LA RECONQUISTA

Colombia está podrida, no digo enferma, porque la enfermedad tiene cura, digo podrida, corrompida hasta la médula, consumida por gusanos que se hacen llamar políticos, líderes, representantes del pueblo, y el peor engaño, la peor mentira que hemos tragado durante generaciones, es creer que esta podredumbre se cura con más de lo mismo: más elecciones, más partidos, más discursos vacíos en parlamentos llenos de ladrones.

Durante años he observado cómo el pueblo colombiano ha sido arrastrado por la podredumbre de los partidos tradicionales, cómo la mentira de la democracia parlamentaria que no es más que el disfraz de la explotación más vil, he visto con mis propios ojos cómo la nación ha sido vendida pedazo a pedazo a los intereses extranjeros, cómo ciertos elementos han instalado sus tentáculos en nuestra economía, cómo el ateísmo amenaza con destruir nuestras tradiciones católicas milenarias.

Esta doctrina no nace de la teoría abstracta de algún salón de universidad, sino de la sangre derramada del pueblo trabajador, del campesino que ve cómo sus tierras son robadas, del obrero que siente cómo el capitalismo salvaje lo convierte en esclavo, es el grito de guerra de un pueblo que no acepta más humillaciones, de un pueblo que exige la unión de sus hermanos separados por líneas artificiales trazadas por potencias extranjeras.

Venezuela, el Esequibo, Ecuador y Panamá no son países extranjeros: son extremidades amputadas de un mismo cuerpo, hijos de una misma madre que fueron separados por la envidia de las potencias imperiales.

No busco aquí convencer a los intelectuales, ni a los políticos profesionales que han vivido toda su vida del Estado, este libro está escrito para el soldado que guarda fronteras que no deberían existir, para el estudiante que siente en su pecho el fuego de la patria, para el campesino que trabaja tierra que debería ser suya, pero pertenece a bancos extranjeros, es la última esperanza de una nación fragmentada, la doctrina que devolverá a Colombia su grandeza perdida.

No pido comprensión, pido adhesión incondicional, no busco debate, busco militancia, quien lea estas páginas y no sienta el fuego de la conversión en sus entrañas, que las cierre y se aleje, pero quien sienta que aquí se dice lo que su alma callaba, que se prepare, porque el destino de millones descansará sobre sus hombros.

Parte Uno

Doctrina

I. FUNDAMENTOS INTELECTUALES

El Amezquitismo es una concepción de la vida que ve al hombre como ser de voluntad, no de simples cálculos, no cree que el dinero o el placer sean los fines de la existencia, cree que el hombre encuentra su sentido cuando lucha por algo mayor que él: su familia, su pueblo, su Dios.

Es una doctrina total porque abarca todo: la economía, la política, la cultura, la religión, no deja nada fuera, no cree que haya zonas de la vida que no importen a la nación.

El hombre no es una tabla rasa donde la sociedad escribe lo que quiere, nace con vínculos que no eligió: su familia, su sangre, su tierra, estos vínculos no son prisiones: son su identidad, el hombre que los niega no es libre: es un parásito que se alimenta de lo que otros construyeron.

No todos los hombres son iguales, hay quienes nacen para mandar y quienes nacen para obedecer, hay fuertes y débiles, inteligentes y tontos, decir que todos son iguales es mentir, la justicia no es dar lo mismo a todos: es dar a cada uno lo que merece según su esfuerzo y su valor.

La nación no es un grupo de personas que viven juntas por conveniencia, es una comunidad de destino que une a los muertos, a los vivos y a los que están por nacer, el individuo muere: la nación permanece, por eso el individuo debe servir a la nación, no la nación al individuo.

La patria no es el territorio que aparece en los mapas, es el cementerio donde están enterrados nuestros padres, es la iglesia donde bautizamos a nuestros hijos, es la lengua que hablamos, es la fe que compartimos, esto vale más que cualquier dinero o comodidad.

El Estado no es una oficina de trámites ni una máquina de repartir empleos, es la forma organizada del pueblo para defenderse y realizarse, el Estado fuerte no es opresor: es el pueblo actuando como un solo cuerpo.

El Estado debe dirigir todo, la economía, la educación, la cultura, todo debe servir al bien de la nación, no puede haber zonas libres donde los enemigos destruyan lo que el pueblo construye.

Rechazamos el capitalismo liberal porque convierte al hombre en esclavo del dinero, rechazamos el comunismo marxista porque convierte al hombre en esclavo del Estado, ambos son materialistas: solo ven el dinero o la producción, no ven el alma.

Proponemos una tercera vía, el trabajo es derecho sagrado, no mercancía, el obrero y el patrón no son enemigos: son copartícipes cuando ambos sirven a la nación, la propiedad privada es buena cuando sirve a la familia y al país, mala cuando es acumulación sin fin.

Sin Dios no hay moral posible, sin religión no hay sociedad estable, el Estado debe proteger la fe católica porque es la que nos ha mantenido unidos como pueblo.

La separación de la Iglesia y el Estado es una mentira, en la práctica, el Estado siempre tiene una religión dominante, la católica, que ha formado nuestra civilización, más que cualquier herejía moderna.

Las naciones no pueden quedarse quietas, o crecen o se mueren, Colombia debe recuperar los territorios que le arrebataron: Panamá, el Esequibo, los territorios amazónicos ocupados por Perú y Brasil, debe reunir a Venezuela, Ecuador y Panamá en una Colombia grande y restaurada.

Esto no es ambición injusta: es justicia histórica, es devolver lo que nos fue robado, reunir lo que fue separado por la fuerza.

II. LA CONCEPCION DEL HOMBRE

Ninguna doctrina política puede sostenerse sin responder previamente a una cuestión fundamental: ¿qué es el hombre?

Toda concepción del Estado, de la sociedad, del derecho o de la libertad descansa, de manera inevitable, sobre una determinada comprensión de la naturaleza humana, por ello, es preciso comenzar por definir qué entendemos por hombre.

Rechazamos tanto el individualismo liberal que concibe al hombre como átomo aislado preexistente a la sociedad, como el colectivismo marxista que lo reduce a masa amorfa moldeada por las fuerzas económicas, el hombre, en nuestra concepción, es esencialmente un ser social, pero no en el sentido contractual de los ilustrados, sino en el sentido ontológico: su naturaleza plena solo se actualiza dentro de la comunidad orgánica a la cual pertenece.

El individuo no es una realidad primaria ni absoluta, existe, ciertamente, como entidad biológica, pero su humanidad plena —su capacidad de pensar, crear, amar y trascender— solo se desarrolla mediante la participación en una comunidad histórica que le transmite un idioma, unas tradiciones, unos valores y una fe, el hombre aislado es una abstracción intelectual; el hombre real siempre está inserto en vínculos concretos de familia, patria y cultura, esta inserción no es una limitación externa de su libertad, sino la condición misma de su realización como persona.

El hombre, según nuestra doctrina, está determinado por tres instancias irreducibles que configuran su especificidad: la naturaleza, la historia y la trascendencia, como ser natural, pertenece a un orden biológico que le vincula a la tierra, a la sangre y a la procreación, como ser histórico, participa de una continuidad temporal que une a los muertos, los vivos y los por nacer en una misma comunidad de destino, como ser trascendente, orienta su existencia hacia fines últimos que exceden lo material y demandan una respuesta ante los grandes interrogantes sobre el sentido de la vida y la muerte.

Esta triple determinación impide tanto el materialismo reduccionista como el espiritualismo abstracto, el hombre no es solo cuerpo, pero tampoco es solo espíritu encarnado provisionalmente, es una unidad sustancial donde lo material y lo espiritual se interpenetran, donde la tierra y el cielo se conjugan, negar cualquiera de estas dimensiones es mutilar la comprensión del hombre completo y, por tanto, construir sobre falsedades toda edificación política.

Distinguimos cuidadosamente entre individuo y persona, el individuo es la unidad biológica, cuantificable y reemplazable, la persona es el individuo elevado a la dignidad de participar en valores superiores, de llevar adelante una misión histórica concreta, la persona se constituye mediante el reconocimiento de deberes hacia la comunidad, no mediante la reivindicación de derechos abstractos.

El hombre Amezquitista es, ante todo, un hombre de deberes, su dignidad no reside en lo que le es concedido por un contrato social hipotético, sino en lo que él entrega a la patria, mientras el liberalismo pregunta "¿qué puede hacer el Estado por mí?", y el socialismo pregunta "¿cómo distribuir la riqueza?", nosotros preguntamos "¿qué debo yo entregar a Colombia?", esta inversión de la perspectiva es fundamental: el hombre no es un consumidor de derechos, sino un servidor de la comunidad.

Rechazamos la idea de que todos los hombres sean iguales en capacidades, méritos o funciones, la igualdad ante Dios y ante la ley es un principio sagrado, pero la igualdad de hechos es una mentira destructiva, los hombres son desiguales por naturaleza: desiguales en inteligencia, en fuerza, en virtud, en capacidad de mando y de obediencia, una sociedad verdadera no oculta estas desigualdades bajo la mentira democrática del voto universal, sino que las organiza jerárquicamente para el bien común.

Sin embargo, esta desigualdad natural no implica desprecio por el débil o explotación del inferior, al contrario: la superioridad verdadera —la aristocracia natural— implica el deber de proteger, educar y elevar a quienes ocupan posiciones subordinadas, el fuerte está al servicio del débil, y el débil reconoce la autoridad del fuerte, esta es la síntesis orgánica que supera tanto la explotación liberal como la nivelación comunista.

La concepción del hombre que sustenta el Amezquitismo es, pues, una concepción comunitaria, jerárquica y trascendente. El hombre solo es plenamente hombre dentro de la patria, cumpliendo una función específica dentro de un orden natural y bajo la referencia última de la verdad religiosa. Esta antropología será el fundamento sobre el cual construiremos nuestra teoría de la libertad, de la propiedad y del Estado.

III. LA LIBERTAD HUMANA

La libertad es, sin duda, uno de los valores más invocados por la modernidad política, sin embargo, raramente se ha definido con precisión, y menos aún se ha comprendido su verdadera naturaleza, el liberalismo entiende la libertad como ausencia de constricción externa: el hombre libre sería aquel que puede hacer todo lo que no esté expresamente prohibido por la ley, esta concepción negativa reduce la libertad a licencia, al arbitrario capricho del individuo aislado.

Contra esto, sostenemos que la libertad no es ausencia de norma, sino conformidad con la propia naturaleza del ser, el hombre es libre cuando actúa según su naturaleza plena, cuando realiza aquello para lo cual está constituido, un río es libre cuando fluye dentro de su cauce; desbordado, no es más libre, sino destructivo, así el hombre: su libertad no está en romper toda norma, sino en cumplir aquella que corresponde a su dignidad específica.

La verdadera libertad humana es la autodeterminación del hombre conforme a su natura racional y social, esto implica dos momentos: el conocimiento de lo que es bueno para el hombre según su naturaleza, y la elección efectiva de ese bien, el hombre libre no es el que elige al azar entre opciones indiferentes, sino el que elige rectamente, conforme a la verdad de su ser.

Esta concepción excluye tanto el determinismo mecanicista —que niega la capacidad de elección— como el indeterminismo irracional —que convierte la libertad en capricho ciego, el hombre es causa de sus actos, pero no desde la nada: sus elecciones están siempre condicionadas por su naturaleza, su educación, su pertenencia a una comunidad histórica, la libertad no se ejerce en el vacío, sino dentro de un horizonte de sentido preexistente.

Una consecuencia fundamental de nuestra concepción es que la libertad no es incompatible con la obediencia, al contrario: el hombre más libre es frecuentemente aquel que obedece con inteligencia y voluntad a una autoridad legítima, el soldado que obedece una orden justa no es menos libre que el ciudadano que vota; de hecho, es más libre, pues su acción está conformada por la razón y la virtud, no por la opinión fluctuante de la mayoría.

La jerarquía no es una limitación externa de la libertad, sino su posibilitación, solo dentro de un orden donde cada cual tiene su función asignada según su capacidad puede el hombre desarrollar sus potencialidades sin verse absorbido por la lucha despiadada de todos contra todos, la libertad liberal es la libertad del lobo en el bosque; la libertad Amezquitista es la libertad del ciudadano dentro de la patria organizada.

De aquí se sigue que no existen derechos sin deberes previos, el derecho a la libertad de expresión, por ejemplo, no es absoluto: está condicionado al uso responsable de la palabra en servicio de la verdad y la comunidad, el hombre tiene derecho a decir la verdad, pero no tiene derecho a difundir el error o a corromper las costumbres, los derechos son siempre funciones al servicio del bien común, no títulos absolutos de propiedad sobre la propia voluntad.

La libertad de empresa, asimismo, no es un derecho humano fundamental, sino una concesión social que puede ser limitada o reglamentada cuando el interés de la comunidad nacional lo exija, el empresario no es libre para explotar, para producir basura cultural, para enriquecerse a costa de la salud de la patria, su libertad es siempre libertad dentro de la ley, y la ley debe orientarse al bien común, no a la suma de intereses particulares.

La libertad, entendida correctamente, no es el valor supremo e indiscutible que proclama la modernidad, sino un bien relativo que adquiere su sentido dentro de un orden superior, el Amezquitismo defiende una libertad organizada, responsable y comunitaria: la libertad del hombre pleno que cumple su destino dentro de la patria, no la libertad del átomo aislado que se niega a toda vinculación.

IV. **L**A **P**ROPIEDAD Y EL **T**RABAJO **C**OMO **A**TRIBUTOS **H**UMANOS **E**LEMENTALES

La propiedad privada no es, como erróneamente sostienen los socialistas, un robo ni una convención arbitraria establecida por la fuerza, es, en su origen, la extensión material de la personalidad humana, el modo mediante el cual el hombre proyecta su actividad sobre el mundo exterior y establece con él una relación estable de dominio y responsabilidad, el campesino que cultiva su tierra, el artesano que ejerce su oficio, el padre de familia que construye su hogar: todos realizan mediante la propiedad una extensión de su persona que es natural y legítima.

Sin embargo, distinguimos rigurosamente entre propiedad individual —fundada en el trabajo personal y limitada a las necesidades de la vida digna— y la propiedad capitalista desmedida, que convierte la acumulación de riquezas en fin en sí mismo, la primera es un derecho natural; la segunda es una enfermedad social que corroe la comunidad nacional.

La propiedad tiene una función social específica: servir como instrumento de realización personal y sustento familiar, no como medio de dominación sobre otros hombres.

Por tanto, establecemos límites naturales a la acumulación, nadie tiene derecho a poseer más de lo que puede administrar personalmente o con la ayuda de su familia, la propiedad absentista, la tierra improductiva, la acumulación especulativa son formas de apropiación injusta que la comunidad tiene derecho a rectificar.

El Estado no es socialista: no proclama la propiedad colectiva de todos los medios de producción, pero tampoco es liberal: no garantiza el derecho ilimitado a la acumulación capitalista, es corporativista: organiza la propiedad según funciones sociales, protegiendo la pequeña propiedad productiva y limitando la gran propiedad parasitaria.

El trabajo es, junto con la propiedad, el atributo distintivo del hombre, no es, como piensan los materialistas, mera actividad económica destinada a la producción de bienes de consumo, es ante todo una dimensión espiritual: el modo mediante el cual el hombre participa de la creación divina, transforma la naturaleza según la razón, y realiza su personalidad.

Rechazamos tanto la idolatría del trabajo que convierte al hombre en esclavo de la producción, como el desprecio aristocrático que considera el trabajo como actividad indigna, el trabajo es noble cuando está ordenado al bien común, cuando respeta la dignidad del trabajador, cuando permite el desarrollo de las capacidades humanas, es vil cuando es puramente mercantil, cuando reduce al hombre a máquina, cuando se realiza únicamente por la ganancia.

Los trabajadores deben estar organizados, pero no en sindicatos de clase enfrentados al patronato, sino en sindicatos nacionales que agrupen a todos los miembros de una misma profesión: obreros, técnicos y empresarios bajo una misma dirección, la lucha de clases es un invento destructivo de las ideologías extranjeras; la colaboración de clases dentro de la unidad nacional es la verdad de toda sociedad sana.

En cada sector económico existirán corporaciones que regulemos la producción, fijen los salarios justos, garanticen la seguridad del trabajo y orienten la actividad productiva hacia las necesidades nacionales, estas corporaciones no son organismos privados, sino instituciones públicas con función soberana, el derecho de huelga desaparece porque no existe necesidad de enfrentarse cuando todos forman parte de un mismo cuerpo orgánico.

La propiedad y el trabajo, correctamente entendidos, son pilares de la sociedad Amezquitista, no abolimos la propiedad privada, pero la socializamos en su función; no destruimos la iniciativa individual, pero la subordinamos al bien común, el hombre trabaja no solo para vivir, sino para servir a la patria mediante su labor.

V. EL CONCEPTO DE VIDA

El concepto de vida debe ser analizado con precisión filosófica para evitar confusiones, existe, primero, la vida biológica, común a todos los seres orgánicos: nacimiento, crecimiento, reproducción, muerte, esta vida es un dato natural, compartido con los animales y las plantas, pero existe, segundo, la vida histórica o espiritual, propia del hombre: la participación en una tradición, la transmisión de valores, la pertenencia a una comunidad que trasciende la existencia individual.

El Amezquitismo no reduce la vida a la mera supervivencia biológica, como hace el materialismo, tampoco la concibe como pura existencia espiritual desencarnada, como hacen ciertas formas de misticismo, la vida plena es la síntesis de ambas dimensiones: el hombre vivo que actúa en la historia, que deja descendencia, que construye patria, que aspira a la trascendencia.

La vida adquiere su sentido pleno mediante el servicio a la comunidad, el individuo que vive solo para sí mismo, cerrado en su egoísmo, está muerto en vida, aunque goce de salud biológica, por el contrario, el hombre que se entrega a la patria, que sacrifica su comodidad por el bien común, que deja descendencia educada en los valores nacionales, vive verdaderamente, aunque muera joven.

La vida no es un derecho a ser protegido a toda costa, sino un don que debe ser devuelto a la patria cuando esta lo reclame, el soldado que muere por Colombia, el padre que agota sus fuerzas por sus hijos, el maestro que consume su salud por sus alumnos: estos son los verdaderamente vivos, porque su existencia ha sido elevada a la dimensión histórica.

Rechazamos la civilización materialista que mide el progreso por la cantidad de bienes de consumo, la esperanza de vida estadística o el confort técnico, preferimos una vida breve y heroica a una larga y abyecta, preferimos una nación pobre pero digna, a una nación rica pero corrompida, la calidad de la vida depende de su sentido, no de su duración ni de sus comodidades.

Esto no significa desprecio por la ciencia médica o por la higiene, procuramos la salud del cuerpo porque es instrumento del alma, pero no sacrificamos el alma para prolongar el cuerpo, la eutanasia de la nación —su supervivencia biológica como mero conjunto de individuos consumiendo— es peor que su muerte gloriosa en defensa de valores superiores.

El concepto de vida que sustenta nuestra doctrina es, pues, un concepto cualitativo, comunitario y trascendente, la vida verdadera es aquella que se realiza dentro de la patria, al servicio de valores permanentes, bajo la referencia de la verdad religiosa.

VI. **E**L **P**UEBLO

La historia no es, como piensan los positivistas, una sucesión casual de hechos sin sentido, ni tampoco, como piensan los marxistas, el desarrollo necesario de fuerzas económicas materiales, la historia es el desarrollo temporal de una esencia permanente, el despliegue de las potencialidades contenidas en el alma de un pueblo desde su origen, cada nación tiene una historia porque tiene una naturaleza específica que actualiza a través del tiempo.

Esta concepción implica que la historia tiene sentido, dirección y fin, no es un mero fluir caótico, sino una marcha hacia la plena realización de la esencia nacional, las épocas históricas no son iguales entre sí: hay momentos de plenitud donde la nación alcanza su forma perfecta, y momentos de decadencia donde se aleja de su naturaleza propia, la historia de Colombia es, en última instancia, la historia de su desviación respecto a su destino hispánico y católico, y de los intentos —siempre frustrados hasta ahora— de retornar a él.

En la historia de Colombia existe un momento fundacional privilegiado: la época de la Gran Colombia bajo el mando de Bolívar (a pesar de sus errores posteriores) y la tradición hispánica anterior a la separación de 1810, este momento representa la plenitud de nuestra historia, cuando Colombia formaba parte de una comunidad hispánica unida, católica y organizada.

La separación de 1810, impulsada por logias masónicas y ambiciones personales, constituyó el gran error histórico que desvió a Colombia de su destino, no celebramos la independencia como fiesta nacional, sino que la lloramos como tragedia, no obstante, no nos aferramos al pasado por mero romanticismo arqueológico, reconocemos que la unión con España ya no es posible ni deseable en la forma política antigua, pero aspiramos a restaurar los vínculos espirituales, culturales y de solidaridad hispánica que aquella unión representaba.

La historia es también el escenario de una lucha permanente entre fuerzas contrarias: el orden y la revolución, la tradición y la novedad, la fe y la impiedad, la patria y el enemigo interno, esta lucha no es accidental, sino constitutiva de la existencia histórica, cada época debe conquistar su orden contra las fuerzas de disolución que amenazan destruirlo.

Colombia ha estado perdiendo esta guerra durante dos siglos, las fuerzas revolucionarias —liberalismo, masonería, socialismo, comunismo— han ido minando progresivamente las estructuras tradicionales de la sociedad, cada "progreso" ha sido en realidad un retroceso: la separación de la Iglesia y el Estado, la educación laica, el sufragio universal, el laissez-faire económico, la revolución de las costumbres, todo ha conspirado para destruir la Colombia verdadera y sustituirla por una imitación barata de las naciones protestantes anglosajonas.

Nuestra época es, ante todo, una época de restauración, no de conservación pasiva de lo que queda, sino de reconquista activa de lo que se perdió, el deber histórico de la generación presente es revertir el curso de los últimos doscientos años y retornar a los principios fundadores, pero actualizados a las circunstancias actuales.

Esto no significa arqueología política ni nostalgia estéril, significa recuperar la esencia permanente bajo formas nuevas, la tradición viva no es la repetición mecánica del pasado, sino la actualización creativa de principios eternos, queremos una Colombia que sea fiel a su naturaleza hispánica y católica, pero que utilice los medios técnicos y organizativos del siglo XX para defender esa naturaleza contra sus enemigos.

La concepción de la historia que sustenta el Amezquitismo es, pues, una concepción teleológica, trágica y restauradora, la historia tiene sentido: la realización de la esencia nacional tiene conflicto: la guerra entre el orden y la revolución, y tiene deber: la reconquista de la tradición contra la modernidad disolvente.

VII. **P**ATRIA **Y P**ATRIOTISMO

La patria no es el territorio geográfico, aunque lo incluye, no es el Estado, aunque se expresa a través de él, no es la raza, aunque la presupone, la patria es una realidad espiritual trascendente: la comunidad de los muertos, los vivos y los por nacer unidos por una misma esencia histórica y un destino común, es el cuerpo místico de la nación, visible en sus instituciones, pero invisible en su fundamento último.

Esta concepción distingue radicalmente nuestro patriotismo del nacionalismo vulgar de las derechas liberales, para ellos, la patria es una variable de la economía, un mercado, un espacio para la competencia individual, para nosotros, la patria es un valor absoluto, anterior al individuo y superior a él, el horizonte último de sentido de la existencia personal, el individuo vive para la patria; la patria no existe para el individuo.

El patriotismo no es una emoción estética ante la belleza del paisaje, ni un interés económico por el bienestar material del país, es una virtud moral, la más fundamental de todas las virtudes políticas: el amor ordenado a la comunidad que nos dio el ser, la educación, la fe y la ley, este amor implica deberes absolutos: el deber de defenderla con las armas, el deber de trabajar por su engrandecimiento, el deber de transmitirla intacta a las generaciones futuras.

El verdadero patriota no es el que canta el himno nacional en los estadios, sino el que está dispuesto a morir por la patria, no es el que enriquece a la patria, sino el que se empobrece por ella, no es el que pide a la patria qué puede hacer por él, sino el que pregunta qué puede él hacer por la patria, este patriotismo heroico y sacrificado es raro, pero es el único genuino.

La patria está siempre amenazada, no solo por los ejércitos extranjeros, sino por el enemigo interno, por la corrupción de las costumbres, por la desmemoria histórica, por la infiltración de ideas ajenas, defender la patria es, por tanto, una tarea permanente que no admite descanso ni neutralidad, quien no defiende activamente la patria, la traiciona pasivamente.

Esta defensa puede exigir la violencia, no la violencia desordenada de la revolución, sino la violencia ordenada de la restauración, cuando las instituciones han sido ocupadas por el enemigo, cuando la ley se convierte en instrumento de destrucción de la patria, el deber patriótico impone la resistencia armada, el golpe de fuerza, la toma del poder para restablecer el orden legítimo, el patriotismo no es pacifismo: es disposición a la lucha santa por la salvación de la comunidad.

La patria es el valor supremo de la doctrina Amezquitista, aquel en nombre del cual se justifican todos los demás principios, el patriotismo es la virtud que debe animar a todos los miembros del movimiento, desde el dirigente hasta el último miliciano.

IX. TEORÍA DE LA NACIÓN

La nación no es una palabra vacía que cualquier agrupación humana pueda apropiarse, la nación es sangre y espíritu, tierra y destino, lengua y fe, Colombia no es una nación porque unos cartógrafos dibujaron líneas sobre un mapa, ni porque unos constituyentes firmaron un papel en alguna fecha olvidada, Colombia es nación porque existe una comunidad de seres que comparten una estructura de alma, una forma particular de sentir la vida y la muerte, una manera específica de entender el honor y la vergüenza, el trabajo y la propiedad, la familia y el poder.

La nación colombiana nació en el crisol hispánico, no fue el producto de una revolución liberadora, sino el resultado de una conquista civilizadora que trajo a estas tierras el orden, la fe y la ley, cuando los españoles fundaron Santa Fe de Bogotá, Cartagena de Indias, Popayán y Tunja, no estaban simplemente ocupando territorios; estaban implantando una forma de vida, una concepción del mundo, una organización social basada en la jerarquía natural y la justicia cristiana, la Gran Colombia no fue una invención de Bolívar, sino la expresión política de una realidad cultural hispánica que se extendía desde el Río Grande hasta la Patagonia.

La nación es un organismo viviente, no una máquina construida, como todo organismo, tiene instintos de conservación y de reproducción, tiene instintos de defensa contra los parásitos que intentan devorarlo desde dentro, tiene instintos de expansión hacia aquellas tierras que por derecho histórico y cultural le pertenecen, la nación colombiana ha sido durante demasiado tiempo un organismo enfermo, atacado por bacterias extranjeras, desangrado por políticos traidores, minado por la corrupción de sus propias células, pero el organismo no ha muerto, yacía dormido, pero el Amezquitismo viene a despertarlo.

La nación no admite pluralismo, no puede haber dentro de ella dos verdades, dos moralidades, dos leyes, quien habla de multiculturalismo habla de disolución, quien habla de diversidad ideológica habla de guerra civil, la nación es una o no es, y la unidad de la nación colombiana debe ser forjada en el fuego de una voluntad única, bajo un mando único, hacia un destino único, las regiones que nos dividen —la costa contra el interior, el altiplano contra los valles, el oriente contra el occidente— son obra de enemigos que buscan nuestra desintegración, la nación verdadera abarca desde la Guajira hasta el Amazonas, desde el Pacífico hasta los llanos orientales, y en cada palmo de esa tierra late el mismo corazón hispánico y católico.

La nación es eterna en su esencia, aunque mutable en sus formas, las formas políticas pueden cambiar; la esencia permanece, Colombia ha sobrevivido a repúblicas corruptas, a constituciones absurdas, a gobiernos vendidos., ha sobrevivido porque la nación no vive en los palacios de gobierno, sino en el alma del campesino que cultiva su tierra, en la madre que educa a sus hijos, en el soldado que guarda la frontera, la nación es el pueblo organizado para la eternidad.

X. LA FAMILIA Y LA MUJER

La familia es la célula madre de la nación, es el ámbito donde se transmiten los valores, donde se forja el carácter, donde se preparan los hombres y mujeres que mañana serán el pueblo, destruye la familia y habrás destruido la nación, corrompe la moral familiar y habrás corrompido el alma colectiva, la familia no es una institución privada entre otras; es la base sagrada sobre la cual descansa todo el edificio social.

En la familia colombiana tradicional encontramos el modelo perfecto de organización social: el padre como autoridad natural, la madre como corazón del hogar, los hijos como promesa de futuro, esta jerarquía no es tiránica; es orgánica, el padre no es dueño de sus hijos, sino administrador de una vida que recibió para transmitir, la madre no es sirvienta, sino reina del ámbito doméstico, educadora por excelencia, guardiana de las tradiciones.

La mujer ocupa en nuestra doctrina un lugar central que el feminismo moderno ha intentado usurpar con mentiras destructoras, la mujer no es inferior al hombre; es diferente., y es precisamente en su diferencia donde reside su grandeza, el hombre está hecho para la guerra, para la política, para la dirección pública, la mujer está hecha para la maternidad, para la educación, para la conservación del hogar, no es una cárcel el hogar para la mujer; es su reino natural, el ámbito donde ejerce una influencia decisiva sobre las generaciones venideras.

La mujer que abandona el hogar para convertirse en imitación barata del hombre —ejecutiva estresada, política ambiciosa, obrera explotada— no solo se degrada a sí misma; degrada a la nación entera, porque la mujer es la educadora del pueblo, es ella quien enseña al niño sus primeras palabras, sus primeras oraciones, sus primeros sentimientos de amor a la patria, un pueblo de hombres educados por madres virtuosas es invencible, un pueblo de hombres educados por mujeres corrompidas está condenado.

Por eso el Amezquitismo protegerá a la mujer no mediante leyes absurdas de igualdad, sino mediante el reconocimiento de su función específica y la garantía de que pueda cumplirla dignamente, la mujer no necesita "derechos" para competir con el hombre en el mercado laboral; necesite el derecho a ser mujer plenamente, a realizar su vocación materna sin la angustia económica, a ser respetada como lo que es: la madre de la patria, la guardiana del hogar, la transmisora de la fe.

La familia numerosa es una riqueza para la nación, el control de natalidad, el aborto, la esterilización son crímenes contra la patria, cada hijo que no nace es un soldado que falta, un trabajador que falta, una madre futura que falta, Colombia necesita hijos, muchos hijos, hijos sanos, hijos educados en el amor a Dios y a la patria.

XI. **E**DUCACIÓN**, S**ALUD **Y J**USTICIA

La educación no es un servicio público más, comparable al alumbrado o al recogido de basuras, la educación es la formación del alma nacional, la transmisión de la herencia histórica, la preparación de los futuros ciudadanos para su función en la comunidad, quien controla la educación controla el futuro, por eso la educación no puede estar en manos de burócratas ajenos a la nación ni de ideólogos enemigos de la tradición.

La educación Amezquitista será integral: formará el cuerpo mediante el deporte y la higiene; formará el intelecto mediante la enseñanza de las disciplinas clásicas y científicas; formará el carácter mediante la disciplina militar y el servicio; formará el espíritu mediante la enseñanza de la doctrina católica, no habrá separación entre educación física, intelectual y moral, el joven Colombiano será forjado como unidad indivisible de fuerza, inteligencia y virtud.

Rechazamos la educación laica, neutra, desideologizada, esa supuesta neutralidad es una mentira: es simplemente la ideología del enemigo disfrazada de objetividad, la educación debe ser confesional, católica, porque sin la referencia a Dios no hay moral posible, sin moral no hay carácter, sin carácter no hay ciudadanos capaces de servir a la patria, el maestro no es un empleado que transmite información; es un sacerdote laico que forma almas.

La salud pública es defensa nacional, un pueblo enfermo es un pueblo débil, la Colombia actual, con sus índices de desnutrición, sus enfermedades tropicales, su alcoholismo extendido, su degradación física de amplias capas populares, no puede aspirar a la grandeza, el Estado debe garantizar la salud de todos los miembros de la nación, no mediante asistencialismo pasivo, sino mediante higiene preventiva, deporte obligatorio, control de sustancias nocivas.

La justicia no es el respeto ciego a las leyes escritas, muchas de ellas injustas y absurdas, la justicia es el reconocimiento de lo que es debido a cada uno según su función en la comunidad, el juez no es un funcionario que aplica códigos; es el representante de la justicia natural, aquel que restablece el orden cuando ha sido perturbado, la justicia penal debe ser severa, ejemplar, rápida, el delincuente no es un enfermo a curar ni una víctima de la sociedad; es un enemigo de la nación que debe ser neutralizado.

Rechazamos el humanitarismo sentimental que pone los derechos del criminal por encima de los derechos de la víctima, en la Colombia Amezquitista no habrá garantismo ni impunidad, quien roba, paga, quien mata, muere, quien traiciona a la patria, desaparece, la justicia es la espada de la nación contra los enemigos internos, y esa espada debe ser afilada y pronta a golpear.

XII. **E**L **E**STADO

El Estado no es un aparato burocrático al servicio de intereses particulares, el Estado es la nación organizada políticamente, la voluntad colectiva hecha institución, el instrumento mediante el cual el pueblo se conserva, se defiende y se proyecta hacia el futuro, el Estado no es opresor; es liberador del pueblo, de la anarquía y del desorden.

El Estado Amezquitista será totalitario en el sentido técnico del término: total, completo, que abarca todas las dimensiones de la vida social, no dejará al individuo ningún ámbito de la existencia donde pueda oponerse a la nación, no porque odie al individuo, sino porque ama a la comunidad, el individuo aislado es nada; solo en la comunidad alcanza su realización plena.

El Estado no es el gobierno de un partido, ni la dictadura de una clase, ni la tiranía de un solo hombre, el Estado es la expresión institucionalizada de la voluntad histórica del pueblo, encarnada en sus organismos naturales: familias, municipios, corporaciones, ejército, Iglesia, es un Estado orgánico, jerarquizado, donde cada órgano cumple su función específica en beneficio del cuerpo entero.

El Estado interviene en la economía no para destruir la propiedad privada, sino para orientarla al bien común, regula la producción, controla los precios estratégicos, nacionaliza los servicios esenciales, protege la industria nacional contra la competencia desleal extranjera.

Es un Estado intervencionista, sí, porque el liberalismo económico ha demostrado ser tan destructor como el comunismo.

El Estado es también el guardián de la moral pública, no se limita a mantener el orden externo; procura la salud espiritual de la nación, prohíbe la pornografía, el juego, las drogas, la propaganda enemiga, no porque sea puritano, sino porque entiende que la corrupción de las costumbres precede a la caída de los imperios, un Estado que tolera la degeneración es un Estado suicida.

XIV. **E**CONOMÍA

La economía no es un fin; es un medio, el fin es la grandeza de la nación, toda actividad económica debe estar subordinada a este fin supremo, el hombre no vive para producir; produce para vivir dignamente dentro de la comunidad.

Rechazamos el capitalismo salvaje que convierte al trabajador en mercancía y al patrón en explotador deshumanizado, rechazamos el socialismo estatal porque pretende abolir la propiedad privada y convierte al hombre en esclavo de la burocracia, proponemos el corporativismo: la organización de la producción en corporaciones sectoriales que agrupan a trabajadores y empresarios bajo la dirección del Estado.

En estas corporaciones no hay lucha de clases; hay colaboración de funciones, el obrero no es el enemigo del patrón; es su compañero en la obra común de la nación, los conflictos laborales se resuelven por arbitraje del Estado, no por huelgas que paralizan la economía y dañan al pueblo, la huelga es un arma revolucionaria que será prohibida como traición a la patria.

La economía debe ser autosuficiente, Colombia tiene recursos para alimentar a su pueblo sin mendigar afuera, desarrollaremos la industria nacional, protegeremos la agricultura contra la competencia desleal, nacionalizaremos los recursos estratégicos que ahora son explotados por empresas extranjeras.

El petróleo, el carbón, el oro, las esmeraldas: todo será propiedad de la nación, administrado por el Estado en beneficio de todos.

La propiedad privada será respetada cuando sea productiva y funcional a la comunidad, será limitada cuando sea especulativa o parasitaria, no queremos igualdad mecánica, pero sí justicia social: que cada cual tenga lo que necesita para cumplir su función, que nadie muera de hambre mientras otros derrochan en lujos obscenos.

XV. **P**OLÍTICA **E**XTERIOR

La política exterior de Colombia debe ser realista, no sentimental, no tenemos amigos ni enemigos permanentes; tenemos intereses permanentes, y el interés primordial es la defensa y expansión de la nación Colombiana en el concierto de los pueblos hispánicos.

Rechazamos el panamericanismo servil que nos ha convertido en títeres de los Estados Unidos, rechazamos la dependencia económica respecto a las potencias anglosajonas, Colombia no es una colonia ni un protectorado; es una nación soberana que debe establecer relaciones de igual a igual con todas las potencias.

Nuestra orientación natural es hacia la hispanidad, los pueblos de lengua española formamos una comunidad de destino frente al mundo anglosajón protestante y frente al mundo eslavo comunista, debe haber una alianza de los pueblos hispánicos basada no en tratados de papel, sino en la identidad de sangre y cultura.

La política exterior es también política de fuerza, Colombia debe tener un ejército poderoso, una marina que defienda sus costas, una fuerza aérea moderna, no para agredir, sino para disuadir, el respeto internacional se gana con cañones, no con discursos en la ONU.

XVI. TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN

La revolución no es un levantamiento de masas desordenado, como la del 9 de abril de 1948 en Bogotá, que fue pura barbarie destructiva, la revolución es un proceso organizado, dirigido, que transforma radicalmente las estructuras de poder para instaurar un nuevo orden, el Amezquitismo es revolucionario porque no quiere conservar el orden existente, sino destruirlo para restaurar el orden verdadero.

Nuestra revolución no es de izquierdas ni de derechas, es una revolución nacional, vertical, que viene de arriba y de abajo simultáneamente, viene de arriba porque necesita una minoría de dirigentes conscientes, formados, dispuestos al sacrificio, viene de abajo porque necesita el apoyo del pueblo trabajador, del campesino, del obrero, del pequeño empleado, todas víctimas del sistema actual.

La revolución no se hace por el voto, se hace por la acción directa, por la toma del poder, por la destrucción de las instituciones podridas, no pedimos permiso para cambiar la historia; la cambiamos, no esperamos mayorías; las creamos mediante el ejemplo y el sacrificio.

La violencia revolucionaria no es terrorismo ciego, es violencia quirúrgica, necesaria, ejercida contra enemigos, no contra el pueblo inocente, es el bisturí que extirpa el tumor, no el machete que destroza el cuerpo sano.

XVII. **M**ANDO

En toda comunidad humana debe haber mando y obediencia, la anarquía es el peor de los males, el mando no es un privilegio; es un deber, el que manda no se enriquece; se sacrifica, el mando legítimo deriva de la capacidad, de la virtud, del servicio demostrado.

El jefe no es un funcionario electo por un período, es el caudillo que emerge del pueblo por sus méritos, que encarna la voluntad histórica de la nación, que une en su persona la fuerza y la justicia, el jefe no es un tirano porque no gobierna para su beneficio, sino para la salvación de la patria.

La obediencia no es degradante, es noble servir a un jefe digno, el soldado que obedece ordenes heroicas, el funcionario que cumple su deber, el ciudadano que acata las leyes justas: todos participan de la dignidad del mando porque cooperan con la autoridad legítima.

El mando debe ser personal, directo, visible, no burocracia anónima e inhumana, el jefe debe conocer a sus subordinados, inspirarles confianza, exigirles disciplina, la jerarquía no es una pirámide fría; es un cuerpo viviente donde cada órgano siente la presencia del cerebro.

Parte Dos

Restauración

I. LA RECONQUISTA

La historia de Colombia no comienza en 1810 con la traición de las logias masónicas, ni en 1886 con la constitución liberal-conservadora, ni en 1991 con la entrega a la globalización, la historia verdadera comienza mucho antes, en el momento en que el adelantado Jiménez de Quesada fundó Santa Fe de Bogotá sobre las ruinas de la barbarie, trayendo la cruz y la espada a estas tierras, desde entonces hasta hoy, existe una línea de continuidad histórica que solo los ciegos no pueden ver: la línea de la hispanidad católica, interrumpida por la invasión masónica de 1810 pero nunca extinguida del todo.

La Reconquista no es un proyecto de museo, no es arqueología política para nostálgicos, es la acción revolucionaria de nuestro tiempo, cuando hablamos de Reconquista, hablamos de tomar el control cultural, espiritual y político de Colombia y devolverlo a sus legítimos dueños: el pueblo hispano-católico organizado bajo el Amezquitismo, la cultura colombiana actual está podrida hasta la médula, la televisión propaga la inmundicia, la música popular ha degenerado en ruido animal, la literatura se ha convertido en mercancía extranjera, el arte ha sido reemplazado por la basura conceptual importada de Nueva York y París, esto no es Colombia, esto es la ocupación cultural del enemigo.

La Reconquista comienza por la toma de la escuela, la juventud colombiana ha sido entregada durante décadas a pedagogos marxistas y masones que le enseñan a odiar su propia historia, a avergonzarse de sus antepasados españoles, a despreciar su fe católica, a aspirar a ser una copia barata del estadounidense o del europeo, el Amezquitismo recuperará la educación como arma de liberación nacional, cada aula será un templo de la verdad histórica, cada maestro será un soldado de la restauración, cada libro de texto será purgado de las mentiras del enemigo y reescrito desde la perspectiva de la hispanidad gloriosa.

Pero la Reconquista no se detiene en la escuela, debe penetrar en los medios de comunicación, hoy en manos de corporaciones extranjeras que envenenan el alma del pueblo con pornografía, consumismo y autoodio, debe penetrar en los sindicatos, hoy dirigidos por marxistas que explotan al obrero en nombre de una revolución que nunca llega, debe penetrar en los cuarteles, donde muchos oficiales honestos aguardan la señal para unirse a la causa de la patria verdadera, la Reconquista es total o no es, no admite medias tintas, no admite compromisos, no admite tregua con lo viejo.

La Reconquista es también una revolución estética, el hombre Amezquitista debe verse diferente, debe vestir diferente, debe hablar diferente, rechazamos el uniforme del ejecutivo liberal —traje gris, corbata, zapatos lustrados— como rechazamos el mono del guerrillero comunista.

El uniforme Amezquitista será la camisa del trabajo honesto, el sombrero del campesino, o el uniforme militar cuando la patria lo reclame, nuestros símbolos serán visibles en cada pared, en cada pecho, en cada bandera que onde sobre el territorio nacional, no más símbolos ajenos, no más banderas extranjeras ondeando sobre suelo colombiano, solo la cruz, solo el águila, solo los colores de la restauración.

II. UN PUEBLO, UNA VOLUNTAD, UN LÍDER

La democracia liberal ha demostrado ser el mejor sistema para destruir a las naciones, divide al pueblo en partidos enfrentados, crea artificialmente conflictos donde no los hay, entrega el poder a demagogos sin escrúpulos que venden el país a cambio de votos, los partidos políticos colombianos —liberales y conservadores— son dos caras de la misma moneda de cobre: la moneda de la corrupción, la traición y la entrega a intereses extranjeros, durante más de ciento setenta años han alternado en el poder, y el resultado es siempre el mismo: miseria para el pueblo, riqueza para las oligarquías, desmembramiento de la patria.

El Amezquitismo no es un partido político, es el movimiento de la unidad nacional, no buscamos ganar elecciones; buscamos abolir el sistema electoral que ha prostituido la política, no buscamos el voto de las masas; buscamos la entrega de las masas a una causa superior, no buscamos debates parlamentarios; buscamos la acción directa, la decisión rápida, el mando único.

Un solo pueblo: el pueblo colombiano limpio de divisiones artificiales, no más costeños contra cachacos, no más antioqueños contra bogotanos, no más blancos contra indígenas contra negros, todos son hijos de la misma patria, miembros del mismo cuerpo, soldados de la misma causa, la regionalización del país será abolida.

Las autonomías que debilitan la unidad serán suprimidas, desde la Guajira hasta el Amazonas, desde el Pacífico hasta los llanos orientales, un solo pueblo bajo una sola ley.

Una sola voluntad: la voluntad de restauración, no más discusiones interminables sobre si debemos ir a la izquierda o a la derecha, no más encuestas que consultan a la muchedumbre ignorante sobre asuntos que solo los formados pueden comprender, la voluntad del pueblo no se expresa mediante el sufragio universal —instrumento de manipulación— sino mediante la adhesión total al proyecto de la Reconquista, quien no esté con nosotros está contra nosotros, quien dude será apartado, quien traicione será destruido.

Un solo líder: el caudillo que encarna la voluntad histórica de la nación, no un político profesional, no un administrador de lo existente, sino un conductor de masas, un hombre de providencia, un jefe que ha demostrado su capacidad mediante el sacrificio, la entrega y la visión, el líder no es elegido; emerge del pueblo como el capitán emerge de la tormenta, su autoridad no deriva de las urnas sino de la historia, de la tradición, de la misión que debe cumplir, el líder Amezquitista no es un tirano porque no gobierna para su beneficio personal, sino para la salvación de la patria, su palabra es ley porque su palabra es la verdad de la nación hecha carne.

Este triángulo perfecto —pueblo, voluntad, líder— es la fórmula que ha utilizado toda gran nación en momentos de peligro máximo, los romanos lo tuvieron bajo los dictadores legítimos, los españoles lo tuvieron bajo los Reyes Católicos, ahora Colombia lo tendrá bajo el Amezquitismo, la polarización política terminará no mediante el diálogo —imposible con quienes quieren destruir la patria— sino mediante la victoria total de nosotros sobre ellos.

III. LA CRUZ SOBRE LA PATRIA

Colombia fue bautizada con agua y con sangre, los conquistadores españoles no vinieron aquí en busca de oro únicamente; vinieron en busca de almas para Cristo, cada ciudad fundada —Santa Fe, Cartagena, Popayán, Tunja, Cali, Medellín, Pasto— fue consagrada a un santo, a una advocación mariana, a la Santísima Trinidad, las iglesias que aún se alzan en nuestros centros históricos no son monumentos arquitectónicos para turistas; son los templos donde se celebró la misa, donde se administraron los sacramentos, donde se forjó el alma católica de la nación.

El Amezquitismo es profundamente, radicalmente, irreductiblemente católico, no es catolicismo de misa dominical y rezongona, no es catolicismo de imágenes en la pared y nada más, es catolicismo de Estado, catolicismo que penetra todas las dimensiones de la vida pública, catolicismo que informa las leyes, la educación, la economía, la política exterior, rechazamos la separación Iglesia-Estado, inventada por la revolución francesa masónica y exportada a América para destruir la unidad hispánica.

El Estado Amezquitista confesará públicamente la fe católica, apostólica y romana, no impondremos la fe por la fuerza a nadie —eso sería contrario a la naturaleza de la religión— pero sí estableceremos el catolicismo como religión oficial de la nación, protegida y promovida por todos los poderes públicos.

Esto implica una restauración de la moral pública que hoy está en el lodo, el divorcio será prohibido absolutamente, el aborto será considerado homicidio y castigado como tal, la pornografía será extirpada de los medios de comunicación, la prostitución será reprimida con mano dura, la homosexualidad no será tolerada como estilo de vida alternativo sino reconocida como enfermedad que debe ser curada, la familia tradicional —padre, madre, hijos— será el único modelo reconocido y protegido por el Estado.

La restauración católica implica también la restauración de la liturgia tradicional, la misa será celebrada con dignidad, en latín donde sea posible, con la música sacra que eleva el alma a Dios, no con las cancioncillas protestantes que han invadido nuestras iglesias, los religiosos volverán a vestir el hábito, signo visible de consagración, los laicos serán formados en la doctrina para defender la fe contra los enemigos de siempre: el protestantismo, el judaísmo, el islam,el ateísmo marxista.

Pero, sobre todo, la Cruz sobre la patria significa que Colombia reconoce a Cristo como Rey, no es una metáfora, es una realidad política: todas las leyes deben conformarse a la ley divina, todos los actos de gobierno deben buscar el bien temporal de los ciudadanos y su salvación eterna, el jefe del Estado no es soberano absoluto; es vasallo del Rey del Universo, responsable ante Él de cómo gobierna, esta es la verdadera limitación del poder: no la división de poderes liberal, sino la referencia a Dios.

IV. **E**L **E**NEMIGO **O**CULTO

En toda época histórica, en toda nación del mundo, ha existido un enemigo que no se presenta abiertamente en campo de batalla, sino que opera desde las sombras, que corroe las instituciones desde dentro, que envenena la opinión pública mediante la intriga y el dinero, que destruye la moral mediante la usura y la corrupción, este enemigo no tiene patria propia; es parásito de las patrias ajenas, no lucha con armas; lucha con el banco, con el periódico, con la escuela, con el cine, no quiere conquistar territorios; quiere conquistar almas.

En la historia de Colombia, este enemigo ha operado desde la misma independencia, fueron sus agentes —los judíos y los masones de las logias— quienes rompieron la unidad hispánica en 1810, fueron sus bancos quienes financiaron las guerras civiles que desangraron al país durante el siglo XIX, fueron sus periódicos quienes propagaron el liberalismo disolvente, fueron sus escuelas laicas quienes corrompieron a la juventud, hoy, sus descendientes y sus nuevos aliados —el sionismo internacional, el capitalismo financiero globalizado, el comunismo ateo— continúan la misma obra de destrucción.

El judaísmo, en su forma secularizada como sionismo político, constituye el enemigo orgánico de toda nación cristiana.

La comunidad judía internacional, organizada en torno a sus bancos, sus medios de comunicación, sus lobbies políticos, constituye una potencia mundial hostil a los intereses de las naciones cristianas, su objetivo histórico, declarado o no, es la destrucción de toda autoridad legítima, la corrupción de toda moral tradicional, la abolición de toda frontera nacional, para establecer finalmente un gobierno mundial bajo su dominación económica.

El sionismo no es simplemente el nacionalismo de un pueblo que busca un hogar, es el proyecto imperialista de expansión territorial y financiera que utiliza el Estado de Israel como base de operaciones y el holocausto como arma moral para silenciar toda crítica, el sionismo internacional controla los bancos centrales de Occidente, controla Hollywood y la industria del entretenimiento que corrompe a la juventud, controla las grandes corporaciones tecnológicas que esclavizan al hombre moderno, y todo esto lo hace en nombre de una supuesta superioridad étnica y de una supuesta victimización histórica que no resisten el análisis riguroso.

El Amezquitismo identifica a este enemigo sin ambigüedades porque solo reconociendo al enemigo puede combatirse, no caemos en el error de confundir al enemigo con simples opositores políticos nacionales, el enemigo es aquel cuya existencia y actividad constituyen una amenaza existencial para la vida de la nación.

Contra ese enemigo no puede haber tregua ni compasión, debe ser identificado, aislado, expulsado de todos los organismos nacionales, privado de su influencia económica y cultural.

Si se lo preguntan, si, esto es antisemitismo puro; es higiene política, es el reconocimiento de que ciertos grupos actúan como cuerpos extraños dentro del organismo nacional, introduciendo virus que destruyen su cohesión, el médico odia al virus; lo extirpa para salvar al paciente, así el Amezquitismo: persigue al judío, y combate implacablemente la influencia del judaísmo organizado, del sionismo internacional y de la usura bancaria que esclaviza a los pueblos.

La defensa de la patria exige la eliminación de estos parásitos que operan contra la salud del organismo nacional, cuando el Amezquitismo tome el poder, se nacionalizarán los bancos controlados por el capital internacional, se expulsará a los enemigos mortales, se purgará la prensa de sus agentes, se cerrarán las organizaciones que sirven a intereses ajenos, la nación colombiana será para los colombianos, y para nadie que venga a explotarla o destruirla desde fuera.

V. SANGRE Y TIERRA

La tierra colombiana no es una mercancía intercambiable en el mercado global, es la madre que nos dio el ser, el sepulcro de nuestros antepasados, el sustento de nuestros hijos, el escenario de nuestra historia, la tierra tiene valor sagrado, cada palmo de suelo colombiano ha sido regado con el sudor de nuestros campesinos y, en momentos de peligro, con la sangre de nuestros héroes, por eso, la explotación depredadora de la tierra, la minería a cielo abierto que deja cicatrices eternas, la tala indiscriminada de bosques milenarios, son crímenes que el Amezquitismo castigará con la severidad que merecen.

El campesino colombiano es el guardián natural de la tierra, durante siglos ha cultivado los Andes, ha domesticado selvas, ha creado una agricultura de montaña que es modelo de adaptación al medio, el Amezquitismo protegerá al campesino contra el latifundismo absentista de las oligarquías tradicionales y contra la agroindustria extranjera que viene a comprar nuestras tierras fértiles para producir alimentos que no comeremos nosotros, sino que exportarán a precios especulativos.

La pequeña propiedad rural será el fundamento de la economía nacional, la tierra debe pertenecer a quien la trabaja, no a quien la especula, se implementará una reforma agraria radical que distribuya la tierra improductiva entre familias campesinas, bajo la condición de que la trabajen personalmente y no la vendan.

La propiedad privada es sagrada, pero la propiedad absentista es robo al pueblo, el latifundio será disuelto, no mediante la expropiación socialista, sino mediante la distribución justa entre colombianos que la necesitan para vivir.

La biodiversidad colombiana es un tesoro nacional que debemos proteger con celo, las selvas del Amazonas, los páramos andinos, los arrecifes del Caribe y del Pacífico, los ecosistemas únicos del Chocó y la Guajira: todo esto es patrimonio de la nación, no de las multinacionales que vienen a saquear, la minería será estrictamente regulada, la explotación petrolera será controlada por el Estado, ningún recurso natural podrá ser entregado a capitales extranjeros en condiciones que perjudiquen el interés nacional.

Pero Sangre y Tierra significa algo más profundo, significa que el hombre colombiano está ligado orgánicamente a esta tierra por vínculos de sangre: la sangre de sus ancestros españoles, indígenas y africanos que han formado la raza colombiana, la sangre que se derramará en el futuro por defenderla, no somos cosmopolitas sin raíces; somos hombres de una tierra específica, con un clima específico, con un paisaje específico que amamos y defenderemos hasta la muerte.

El campesino será el soldado de la paz productiva, el guardián de la frontera agrícola, el fundamento de la soberanía alimentaria, sin campo fuerte no hay nación fuerte.

VI. **N**OS **P**ERTENECE

Las fronteras actuales de Colombia son una injusticia histórica y una aberración geográfica, el tratado de 1903 que separó a Panamá es nulo de nulidad absoluta, producto de la intervención militar estadounidense y de la traición de políticos vendidos, las líneas arbitrarias trazadas por diplomáticos extranjeros en Washington, Lima o Caracas no definen la verdadera extensión de la nación colombiana, la Gran Colombia no fue un error histórico ni una utopía imposible; fue la expresión natural de la comunidad hispánica americana, interrumpida por la envidia extranjera y la traición interna.

El Amezquitismo no renuncia a los territorios que por derecho histórico, cultural, étnico y geográfico pertenecen a la nación colombiana, el Esequibo es nuestro, arrebatado por la injerencia británica y mantenido por la connivencia de gobiernos cobardes, la costa atlántica de Nicaragua hasta el Cabo Gracias a Dios es territorio colombiano por derecho de conquista española y por necesidad geográfica, el nororiente peruano, hasta el río Marañón, fue parte de la Audiencia de Quito y debe retornar a la unidad colombiana, el sur de Panamá, la provincia de Darién, nunca dejó de ser colombiano en el corazón de su población, los llanos occidentales de Venezuela, hasta el río Orinoco, forman parte de la misma unidad geográfica y cultural de los Llanos orientales colombianos.

Estas reclamaciones no son imperialismo agresivo; son justicia histórica, no buscamos conquistar pueblos extraños, sino reunificar a hermanos separados artificialmente, los habitantes de esos territorios son hispanos como nosotros, católicos como nosotros, víctimas como nosotros de la división impuesta desde fuera, su reintegración a la patria grande será una liberación, no una conquista.

La recuperación de estos territorios no será inmediata ni violenta en primera instancia, pero será el horizonte permanente de nuestra política exterior, mientras tanto, fortaleceremos la presencia colombiana en las zonas fronterizas mediante el poblamiento, la construcción de infraestructura, el apoyo a las comunidades hispanas de esos territorios que añoran la unión, prepararemos el terreno para el día —que llegará— de la reunificación.

Desde el istmo de Panamá hasta la boca del Amazonas, desde el Pacífico hasta el Orinoco, esa es la Colombia histórica, la Colombia que fue, la Colombia que será de nuevo bajo el Amezquitismo, no aceptamos la mutilación territorial como destino inevitable, aceptamos la lucha por la integridad territorial como deber sagrado.

VII. **E**L **G**OLPE **F**INAL

La historia demuestra que los grandes cambios políticos no se hacen por las urnas, la urna es el instrumento de la oligarquía para dar apariencia democrática a su dominación, el pueblo vota, sí, pero entre opciones que la oligarquía ha preseleccionado, elige, sí, pero entre demonios que le presentan como ángeles, la democracia liberal es la dictadura del dinero disfrazada de soberanía popular.

En Colombia, el sistema electoral está podrido hasta la médula, el fraude es generalizado, la compra de votos es práctica habitual, la intimidación armada deja libre solo a quienes no representan amenaza para el sistema, los medios de comunicación, en manos del enemigo, manipulan la opinión pública, las Fuerzas Armadas, aunque con muchos hombres honestos, han sido corrompidas por años de gobiernos civiles degenerados que las utilizan para proteger sus intereses, no la patria.

Solo la acción directa puede romper el círculo vicioso, no un golpe militar tradicional de cuarteles que cambia un presidente por otro sin tocar las estructuras —como los que hemos sufrido tantas veces— sino un golpe total, desde arriba y desde abajo, que tome simultáneamente el poder político, el económico, el cultural y el militar, un golpe que disuelva el congreso corrupto, los partidos políticos vendidos, que purgue la administración de enemigos de la patria, que establezca un Directorio Nacional revolucionario.

El modelo está en la historia reciente de Colombia, Gustavo Rojas Pinilla, en 1953, demostró que un golpe militar puede ser popular cuando responde a las necesidades del pueblo y no a los intereses de las oligarquías, su error fue no ir hasta el fondo, no destruir completamente el sistema bipartidista, no establecer una nueva ordenanza duradera, nosotros no cometeremos ese error, nuestro golpe será definitivo.

El golpe será rápido, quirúrgico, con la menor violencia posible, pero también con la mayor si es necesario, se ocuparán los cuarteles, los medios de comunicación, los bancos, los ministerios, los puentes, las carreteras, se detendrá a los líderes de los partidos tradicionales, a los banqueros enemigos, a los intelectuales corruptos, a los agentes extranjeros, se disolverán las garantías constitucionales que solo sirven para proteger a los criminales, se establecerá la ley marcial temporal.

Pero el golpe no es el fin; es el principio, una vez tomado el poder, comenzará la gran obra de reconstrucción, se redactará una nueva constitución, verdaderamente católica y nacionalista, se reorganizará la economía sobre bases corporativistas, se purgará la educación y la cultura, se preparará el ejército para la defensa y la expansión territorial, se establecerá un nuevo orden que durará generaciones.

Si es necesario usar la fuerza contra quienes se opongan, se usará.

No seremos tibios como los gobiernos democráticos que dejan que la subversión los devore, el enemigo que se resista será destruido, pero no buscamos la sangre innecesaria; buscamos la victoria rápida que evite sufrimientos prolongados, la violencia revolucionaria es el bisturí del cirujano, no el machete del salvaje.

VIII. **T**ODOS **B**AJO **U**NA **M**ISMA **B**ANDERA

La bandera actual de Colombia —amarillo, azul y rojo— es el símbolo de la república masónica nacida en 1810, manchada con la traición a la hispanidad, el azul fue añadido por los masones para romper con los colores hispánicos tradicionales, el Amezquitismo adopta una nueva enseña que recupere la verdadera identidad de la patria: la bandera amarilla, blanca y roja.

El amarillo es el color del sol que ilumina nuestras tierras tropicales y andinas, el oro que simboliza la riqueza de la nación, la tradición imperial española que nos legó su grandeza, el blanco es el color de la pureza de nuestra fe católica, del tradicionalismo que defendemos, de la verdad que proclamamos contra el error, el rojo es el color de la sangre de nuestros mártires, de los conquistadores españoles, de los soldados caídos, de la pasión por la patria que nos consume.

El escudo será el de 1821, pero adaptado a los nuevos tiempos, mantendrá las cornucopias de la abundancia, pero eliminará las referencias masónicas, será el escudo del Estado Amezquitista de Colombia, símbolo de la unidad territorial recuperada y de la restauración histórica.

Y el emblema del movimiento, el símbolo que llevará cada militante en el pecho, será el Águila, ya que el cóndor, ave pasiva y carroñera, nunca representó verdaderamente el espíritu de Colombia.

El cóndor es un animal que espera la muerte de otros para alimentarse, que vuela alto, pero sin fuerza, que es símbolo de la naturaleza inerte, el águila, en cambio, es el ave de la presa, del combate, del dominio, habita nuestras montañas —el águila crestada es propia de los Andes colombianos— y representa la fuerza, la vigilancia, la nobleza, el águila de dos cabezas, heredada de la tradición imperial hispánica, simboliza la unidad de los territorios orientales y occidentales bajo un solo mando, el águila que sostiene la espada y la hoz en sus garras representa la disposición permanente a la defensa armada de la patria.

Estos símbolos —la bandera tricolor, el escudo, el águila— serán reverenciados como sagrados, quien los profane será castigado severamente, quien los honre demostrará su adhesión a la causa, en cada casa, en cada escuela, en cada cuartel, en cada oficina pública, estos emblemas recordarán a todos que vivimos en una nueva época, bajo un nuevo orden, camino a una nueva grandeza.

Todos bajo una misma bandera, todos bajo un mismo juramento, todos bajo un mismo destino, así será Colombia bajo el Amezquitismo: una, grande, libre, católica, hispánica, indisoluble para siempre jamás.

EPÍLOGO

Hemos llegado al fin de este libro, pero no al fin de la lucha, lo que aquí se ha escrito no es mera especulación filosófica para bibliotecas polvorientas, es el plan de batalla, es la carta de navegación, es el credo de una generación que se niega a desaparecer en el olvido de la historia.

Colombia está agonizante, sus pulmones —las selvas— son saqueadas por extranjeros, su sangre —el campesinado— es explotada por latifundistas, su alma —la fe católica— es escupida por intelectuales corrompidos, su territorio —Colombia— está mutilado por fronteras injustas, su futuro —nuestros hijos— es vendido cada día en el mercado de la globalización.

Pero en medio de esta agonía, algo nuevo nace, en los barrios populares, en las universidades, en los cuarteles, en los campos, hay jóvenes que van a leer estas páginas y van a sentir el arder en su pecho de algo que nunca habían sentido: honor, deber, patria, habrá hombres que están dispuestos a dejar sus comodidades, sus carreras, sus vidas mismas, por la causa de la restauración, y habrá mujeres que entiendan que su mayor gloria no está en imitar al hombre, sino en ser madres de la nueva generación que reconstruirá la nación.

A ellos, a los hombres de hierro que vendrán, va dedicado este libro, no a los débiles, no a los tibios, no a los que dudan entre el sí y el no, a los fuertes, a los audaces, a los que pueden mirar a la muerte sin pestañear sabiendo que mueren por algo eterno.

La victoria es cierta porque la verdad está de nuestro lado, la historia no termina con el liberalismo corrupto ni con el comunismo destructor, la historia termina con el orden, con la justicia, con la grandeza, y ese final, ese triunfo de la vida sobre la decadencia, de la salud sobre la enfermedad, de la patria sobre el enemigo, será obra de los que lean estas líneas y sienten que no pueden seguir viviendo como esclavos cuando pueden morir como libres.

El sol se levantará, un nuevo día vendrá para Colombia, y en ese amanecer, marcharemos hacia la reconquista de nuestra gloria.

Que así sea.

Fin